

¿CÓMO SE PUEDE HABLAR DEL OTRO?
LA LITERATURA DE LA DIÁSPORA VENEZOLANA EN COLOMBIA¹

Luz Marina Rivas
Instituto Caro y Cuervo

RESUMEN

A partir de una presentación general del inicio de una literatura de la diáspora venezolana, este trabajo se detiene en el estudio de las crónicas que dan cuenta de la migración venezolana en Colombia. Este país ha recibido el mayor número de migrantes venezolanos en situación de precariedad. Si bien podemos hacer una lista de las primeras ficciones venezolanas sobre los migrantes, la crónica es el género de la emergencia para visibilizar cómo han llegado y cómo viven los venezolanos en Colombia.

Palabras clave: literatura venezolana, crónicas, migración venezolana en Colombia.

ABSTRACT

HOW CAN YOU TALK ABOUT THE OTHER? THE LITERATURE OF THE VENEZUELAN DIASPORA IN COLOMBIA

From a general presentation of the beginning of a literature of the Venezuelan diaspora, this work concerns the chronicles about Venezuelan migration in Colombia. This country has received the largest number of Venezuelan migrants in precarious situations. Although we can make a list of the first Venezuelan fiction stories about migrants, the chronicle is the genre of the emergency to make visible how Venezuelans have arrived and how they live in Colombia.

Keywords: Venezuela Literature, chronicle, Venezuelan migration in Colombia.

¹ Este artículo fue presentado como conferencia en el marco de la 2nda. Serie Internacional de conferencias de Política Pública Cultural. Año jubilar del Tricentenario de la Universidad Central de Venezuela el martes 22 de junio de 2021.

RÉSUMÉ

COMMENT PEUT-ON PARLER DE L'AUTRE? LA LITTÉRATURE DE LA DIASPORA VENEZUELIENNE EN COLOMBIE

A partir d'une présentation générale du début d'une littérature de la diaspora vénézuélienne, ce travail s'intéresse à l'étude des chroniques qui rendent compte de la migration vénézuélienne en Colombie. Ce pays a accueilli le plus grand nombre de migrants vénézuéliens en situation précaire. Bien que l'on puisse faire une liste des premières fictions vénézuéliennes sur les migrants, la chronique est le genre de l'urgence pour rendre visible comment les Vénézuéliens sont arrivés et comment ils vivent en Colombie.

Mots-clés: Littérature vénézuélienne, chroniques, migration vénézuélienne en Colombie.

RESUMO

COMO PODEMOS FALAR SOBRE O OUTRO? A LITERATURA DA DIASPORA VENEZUELANA NA COLÔMBIA

Partindo de uma apresentação geral do início de uma literatura da diáspora venezuelana, este trabalho foca-se no estudo das crônicas sobre a migração venezuelana na Colômbia. A Colômbia tem recebido o maior número de migrantes venezuelanos em situações precárias. Mesmo podendo fazer uma lista das primeiras ficções venezuelanas sobre migrantes, a crônica é o gênero da emergência para tornar visível como os venezuelanos chegaram e como eles vivem na Colômbia.

Palabras chave: Literatura venezuelana, crônicas, migração venezuelana na Colômbia.

1. LA DIÁSPORA VENEZOLANA

La migración en el mundo es una de las grandes características del siglo XXI. Múltiples motivos impulsan a las personas a emigrar. Entre ellos, las decisiones de abrirse a horizontes más favorables para el desarrollo personal y profesional, las necesidades económicas, la persecución política, las guerras. El fenómeno de la migración venezolana alcanza hoy proporciones inimaginables hace unos diez años. Se calcula entre 5.500.000 y 6.000.000 el número de los venezolanos que han emigrado². Esto equivale a más de un 18 % de su población. Se trata de la más grande movilización de personas en la historia de América Latina y de la segunda migración más numerosa del mundo, después de Siria, país en guerra. Venezuela es un país que no está en guerra, pero que atraviesa una crisis social de grandes proporciones y una economía hiperinflacionaria que ha reducido en una inmensa medida la calidad de vida de la población.

Los motivos de la migración venezolana tienen que ver con la situación política, social y económica. La masiva migración de venezolanos se hizo particularmente visible en el siglo XXI. En los primeros años de este, ya la narrativa venezolana daba cuenta del tema migratorio, aunque todavía no estaba tan extendido ni era el tema principal de las ficciones. En un trabajo anterior (Rivas, s/f), ya había apreciado en las obras de Isaac Chocrón, Carmen Vincenti, Adriana Villanueva, Mónica Montañés, Gustavo Valle, Juan Carlos Méndez Guédez, entre otros, cómo los escritores daban cuenta del desencanto, la incertidumbre, la violencia política y la del hampa común, que provocaban en los personajes de sus ficciones el deseo de emigrar o la migración sin más en busca de otros horizontes. Se trataba de personajes de clase media, que veían truncadas sus expectativas de desarrollo en el país y miraban hacia Estados Unidos o Europa (Rivas, s.f.).

Silda Cordoliani (2013) publicó quince testimonios de escritores venezolanos migrantes, bajo el título *Pasaje de ida*. Las razones que daban estos escritores eran variadas. Un grupo de ellos habían salido por la necesidad de

² Para el momento de la edición de este artículo, en 2022, ACNUR ha actualizado la cifra de migrantes venezolanos en el mundo: 7.100.000, superando las migraciones de Ucrania, Siria y Afganistán. Ver <https://www.acnur.org/noticias/press/2022/10/6345fd5d4/tres-cuartos-de-las-personas-refugiadas-y-migrantes-de-venezuela-en-america.html#:~:text=A%20octubre%20de%202022%2C%20hay,Am%C3%A9rica%20Latina%20y%20el%20Caribe>.

desarrollarse profesionalmente en el exterior, donde sentían que había espacios más propicios, como Gregory Zambrano o Miguel Gomes; algunos, por la percepción de Venezuela como un país que se iba haciendo cada vez más hostil, como Blanca Strepponi, Corina Michelena y Verónica Jaffé. Otros, directamente debieron huir porque la situación de persecución política los obligó a exiliarse como Doménico Chiappe o Israel Centeno. Estos primeros testimonios nos permitieron anticipar una literatura producida por la diáspora venezolana.

En efecto, esa literatura no tardó en llegar. Ya hay diversos trabajos sobre la literatura de los migrantes venezolanos que se han establecido en España o en otros países. Se conoce la obra ficcional narrativa de Juan Carlos Méndez Guédez, Juan Carlos Chirinos, Eduardo Sánchez Rugeles, Karina Sainz Borgo, en España; Raquel Rivas Rojas, en Escocia; Liliana Lara, en Israel; Alberto Barrera Tyszka, en México; Gustavo Valle, Gabriel Payares y Blanca Strepponi, en Argentina, por dar algunos ejemplos. En 2021 se publicó *Escribir afuera, Cuentos de intemperies y querencias*, compilado por Katie Brown, Liliana Lara y Raquel Rivas Roja (2021), con narraciones de venezolanos que viven en nueve países, ninguno de ellos en Colombia. También existe una antología de poesía: *El puente es la palabra*, compilado por Kira Kariakin y Eleonora Requena (2019).

2. ¿QUÉ SUCEDE EN COLOMBIA?

A partir de 2017 aumentaron exponencialmente las migraciones hacia los países de América Latina, en particular a Colombia. Ese año marcó un momento crítico. Fue entonces cuando la migración pudo considerarse como migración de refugiados. Ya la mayoría de los migrantes no salían de Venezuela en avión, despidiéndose desde ese hermoso aeropuerto de otros tiempos, el de Maiquetía, que a diferencia de otros aeropuertos del mundo no podía considerarse un “no lugar”, por las obras de Cruz Diez que quitan el aliento y alimentan el gentilicio, sino en autobuses de terminales sin mantenimiento y a pie. Las conmovedoras imágenes de los caminantes se hicieron reiteradas en los medios de comunicación. Colombia ha recibido ya alrededor de 2.000.000 de venezolanos, muchos de ellos en calidad de refugiados. Los testimonios más recientes hablan de huir de “la situación”. Como lo refiere el cronista venezolano Leo Felipe Campos (2019), una maestra de preescolar en uno de esos asentamientos de venezolanos pobres en Colombia la define: “¿Qué es “situa-

ción”? Esa es “la situación”. Trabajar y no poder comer, que el dinero te alcance solo para un kilo de yuca al mes; hay vecinos que no tenían ni eso. Gracias a Dios, como vivíamos cerca, cocinábamos para todos, pero hay niños que no tenían que comer, si hacíamos una sopa agarrábamos a los más pequeñitos y les dábamos, cuando se podía. En mi barrio hay una escuela que ya se quedó vacía, sin alumnos. La mayoría de los compañeros de mi hija están aquí, regados en Colombia. Y muchos no están estudiando” (parr. 12).

Numerosos estudiosos de las Ciencias Sociales se han volcado sobre este fenómeno en Colombia: sociólogos, economistas, periodistas, historiadores. Existe un Observatorio de Venezuela de la Universidad del Rosario, y la Fundación Konrad Adenauer ha auspiciado la publicación de diversos estudios. Migración Colombia ha establecido una política de acogida a los migrantes con medidas especiales como el PEP, Permiso Especial de Permanencia, ha aceptado pasaportes vencidos y actualmente se está implementando el Permiso de Protección Temporal, que permitirá a los venezolanos vivir y trabajar legalmente por un periodo de diez años. ACNUR ha establecido campos de refugiados para estancias transitorias que atienden a una gran cantidad de migrantes en situación de vulnerabilidad extrema. De acuerdo con los especialistas, la migración venezolana actual es una migración forzada, por las condiciones económicas del país y por la falta de los servicios básicos, alimentos y medicinas. Ahora bien, el fenómeno ha desbordado la capacidad institucional para atenderlo, lo cual se ha agravado con la llegada de la pandemia y con la violencia generada por grupos irregulares en el estado Apure en el 2021, que ha obligado a unos 6.000 campesinos a abandonar sus casas y refugiarse en Colombia.

3. ¿CÓMO SE PUEDE HABLAR DEL OTRO?

Esta situación de tan grandes proporciones ha producido una literatura distinta. Las ficciones han tardado algo más en llegar. La primera literatura sobre la migración venezolana en Colombia es la crónica, el género que ha tenido que ver con la urgencia de visibilizar al *Otro*. ¿Y quién es el *Otro*? Depende de la perspectiva, de quién es el *Uno*. Esto determinará el orden de lo que expondremos aquí.

En primer lugar, tenemos a los cronistas venezolanos también migrantes, que viven la extranjería en el día a día, que sienten el duelo por una vida dejada atrás y el nuevo inicio lleno de incertidumbre, pero que no están en las paupérrimas condiciones de esos connacionales que por haber llegado sin documentos se ven obligados a vivir del comercio informal o de la caridad. Algunos de estos cronistas son comunicadores sociales, profesores, politólogos, sociólogos. Entonces, para ellos, el *Otro* es el venezolano caminante, el que se hacina en los barrios más pobres de las grandes ciudades de Colombia, el que pide limosna en los semáforos, el que ofrece música o caramelos en el transporte público, ese, el que nos toca profundamente porque aparece cada día en nuestros recorridos y, el reconocer en ellos el acento tan cercano o el ver sus gorras y morrales con la bandera de Venezuela, nos hacen sentir que son unos *Otros* que tienen que ver con *Nosotros*. De este grupo nos referiremos a las crónicas de Dulce María Ramos (2016) y Tulio Hernández (2018).

En segundo lugar, están los cronistas colombianos, aquellos que se conmueven por la llegada de los venezolanos y establecen una relación de empatía, entendiendo también el drama humano que los acompaña, buscando dar cuenta de la magnitud de la tragedia que viven los refugiados. Se han interesado por cómo representar este fenómeno y se han interrogado acerca de la mejor forma de hacerlo, para contribuir a que no haya xenofobia sino comprensión, para llamar la atención sobre la necesidad de políticas de acogida. Se destacan en este grupo la comunicadora Ginna Morelo y la escritora Melba Escobar.

En tercer lugar son el *Uno* los contadores de historias que se han quedado en Venezuela, pero que recogen historias del otro lado de la frontera, directamente de los que regresan por haber fracasado en el intento de establecerse en Colombia, o el migrante que ha logrado establecerse con alguna precariedad, pero sufre la xenofobia o la soledad, la nostalgia por la familia y los amigos, la dificultad de adaptarse a otra cultura, que aun siendo próxima, no es fácil de apropiarse. Estos escritores se agrupan en el excelente equipo de la *La vida de nos* (www.lavidadenos.com), el portal que según ellos prefieren decir, cuentan historias, historias de la gente común en Venezuela, que dirigen Héctor Torres y Albor Rodríguez.

Por último, están los escritores, que han comenzado muy recientemente a hacer novelas sobre la migración venezolana en Colombia. Ya por razones

de tiempo y espacio, solo las enumeramos: *Algo habla con mi voz*, de Vaitière Alejandra Rojas (2019), ganadora del Concurso de novela de la Universidad Central, de Bogotá, en 2019, *Díptico de la frontera*, de Luis Mora Ballesteros (2020), *No dejaré mis sueños atrás*, de Santiago Arconada (2020), *Arqueología sonámbula*, de Juan Cristóbal Castro (2021) y *El tercer país*, de Karina Sainz Borgo (2021).

Evidentemente, la primera pregunta que podemos hacernos es si la crónica es literatura. La respuesta es definitivamente afirmativa. Tal como dice el poeta y narrador colombiano Darío Jaramillo Agudelo (2012), autor de la *Antología de crónica latinoamericana actual*: “un periodista que escribe bien está haciendo literatura”. Hace su propia definición de la crónica: “la crónica suele ser una narración extensa de un hecho verídico, escrita en primera persona o con una visible participación del yo narrativo, sobre acontecimientos o personas o grupos insólitos, inesperados, marginales, disidentes, o sobre espectáculos y ritos sociales.” (p. 17) Añade en otro momento: “A los personajes del periodismo literario se les debe dar vida en el papel, exactamente como en las novelas, pero sus sensaciones y momentos dramáticos tienen un poder especial porque sabemos que sus historias son verdaderas.” (p. 26). Estas reflexiones se acompañan de las de otros grandes cronistas como Juan Villoro, Carlos Monsiváis, Mario Jursich, Martín Caparrós, Albert Chillón, Mark Kramer y otros. Por otra parte, la venezolana María Josefina Barajas (2011), estudiosa de las crónicas venezolanas compara la crónica con el cuento, sobre la base de las características que ambos géneros tienen en común: extensión, corta, narratividad, perspectiva de la narración, verosimilitud, aunque observa que la crónica tiene un algo más o un algo menos que el cuento: no parece dar por concluida una historia, “Suspendida como de tajo ante el presente” (p. 216), lo que tiene que ver con que el cronista nos cuenta un fragmento de una vida en curso, un conflicto no resuelto, que por lo mismo nos impacta y conmueve.

De acuerdo entonces con sus teóricos, tenemos que la crónica debe echar mano de los mismos recursos de un relato de ficción.

Por su parte, Héctor Torres y Albor Rodríguez (2017) explican en el portal cómo conciben sus relatos. Ellos han formulado una poética de su escritura. Declaran que sus historias están a medio camino entre la crónica y el cuento, pues buscan conjugar la investigación periodística con los recursos de la literatura de ficción, que es lo que para Darío Jaramillo Agudelo (2012) es la

crónica literaria, en lo que no estaría del todo de acuerdo María Josefina Barajas (2011), pues estas historias reales sí tienen un cierre. Se construyen sobre un arco narrativo que tiene introducción, desarrollo y desenlace. Buscan generar emoción en el lector, convirtiendo a las personas en personajes. Buscan crear atmósferas y utilizan los diálogos para que el lector tenga la sensación de estar escuchándolos, cosa que también hace Melba Escobar (2020) en sus crónicas. Proponen un nudo dramático que muestra cómo lo narrado ha transformado al protagonista y se permiten el uso de las metáforas. Parten del periodismo de investigación y producen historias con detalles, pero borrando lo que llaman la carpintería periodística. Convierten en narración lo que se dice en una entrevista. Tal como puede apreciarse, en estos distintos matices, la narrativa de no ficción está presente en la literatura. Particularmente, en mi opinión, *La vida de nos* produce crónicas literarias como las esbozadas por Jaramillo Agudelo (2012) y Barajas (2011).

4. LAS CRONICAS

Comencemos por una crónica escrita por Dulce María Ramos (2016), venezolana residente en Bogotá.³ Se titula “Prostitutas venezolanas, reinas sexuales de Cúcuta”. La crónica comienza por las noticias acerca de la prostitución de venezolanas en Cúcuta, que despiertan el interés de la autora, quien cuenta cómo en un viaje hacia Venezuela, decide quedarse en Cúcuta: “Así que antes de cruzar el puente Simón Bolívar para regresar a Venezuela, esta periodista agarró su morral y se instaló tres días en un hotel cerca de la terminal de transporte” (párr. 1.) De esta manera, la autora se introduce en la historia, como un testigo que busca saber de primera mano cuál es la situación. Luego de un recuento general de la historia, en que recuerda que durante la bonanza petrolera las prostitutas colombianas atendían a los clientes venezolanos, ahora, dice: “La tortilla se volteó” (párr. 2). Dulce María Ramos va introduciendo la atmósfera de la zona de tolerancia, con imágenes contundentes: “La oferta de prostíbulos de la séptima es tan amplia como la diversidad de pieles y salivas que patinan en ella” (párr. 6), “Las colombianas -y demás seres casquivanos de

³ Las crónicas aquí citadas y otras, de un total de 16 autores, fueron recogidas por la autora de este trabajo en la compilación *Otra tierra, otro mar. Crónicas de la migración venezolana en Colombia* (Rivas, 2021), disponible en Amazon en versión electrónica y en versión física (tapa blanda). Sin embargo, aquí se citan las publicaciones originales.

esta fauna que comercia orgasmos- se quejan de las venezolanas porque bajan sus tarifas para quitarles clientes” (párr. 6), hasta detenerse en un personaje, Lucy, cuya historia da cuenta de lo que la llevó a la prostitución:

Entre esa fila está Lucy, paradita, viene de Barquisimeto, bachiller, morena, bajita, delgada, cabello corto color chocolate, veinte y cinco años y dos hijos que son cuidados por su abuela durante su ausencia. Nunca había ejercido la prostitución. “Llegué por una amiga. Yo estaba necesitada por mis hijos, no tenía comida. Mi amiga me insistió que me viniera, que se ganaba bien.”, comenta escurridiza, ya cambiando los hábitos (párr. 6).

Luego de Lucy, van apareciendo otras historias individuales: la de Carol, transexual con sueños de viajar a Panamá y a Alemania, la de la estilista de las prostitutas que no las juzga, la de Sofía, de dieciocho años, que se prostituye para poder pagar los tratamientos contra el cáncer de su mamá. La mirada subjetiva de la cronista que observa se materializa en su discurso. No puede dejar de comparar el ambiente de un prostíbulo con la literatura: “Al verlo recordé la casa clandestina de Rosa Cabarcas en Memorias de mis putas tristes de Gabriel García Márquez” (párr. 18). La autora va retando el orden establecido en el lugar. Su presencia se hace sospechosa para quienes están en los bares de los prostíbulos que visita. Entonces los mesoneros de uno de ellos alertan sobre esa presencia. Indagan por qué está allí, qué quiere saber. Se va sintiendo una amenaza latente contra la periodista, que decide irse del sitio.

En esta crónica se va dejando ver cómo se construyen las pequeñas historias que dan cuenta del fenómeno mayor, que proporcionan sentido a esas vidas invisibilizadas gracias a la empatía de la cronista, que saca a los personajes de sus contoneos seductores para indagar en sus motivos más íntimos, en fin, en su humanidad.

Hablar de los caminantes resulta muy difícil. Produce impotencia ver esas largas caravanas de migrantes, con sus maletas a cuestras, sus niños y ancianos, sus zapatos rotos o en su lugar, unas sandalias tipo *crocs*, sucias del barro del camino, caravanas poco preparadas para el frío del famoso Páramo de Berlín, donde las temperaturas pueden llegar a estar debajo de cero. Tulio Hernández (2018), sociólogo exiliado en Bogotá, tuvo la oportunidad de viajar a Cúcuta por un evento y decidió acercarse a los caminantes:

Mientras caminan de día, los grupos de inmigrantes no transmiten lo titánico de su epopeya. Como buenos venezolanos, saludan contentos, hacen señales de

victoria, de modo tal que alguien desinformado puede pensar que es gente alegre que anda de excursión. Pero cuando llega la noche, y aún no se vislumbra una ciudad cercana, el frío arrecia, la niebla cae y la oscuridad también, el recuerdo de quienes han muerto por hipotermia genera entre los caminantes miedo, angustia y desazón. (párr. 6)

Esta descripción da cuenta de la idiosincrasia del venezolano, para quien el humor es una salida a sus tragedias, una observación aguda del cronista, quien se involucra personalmente y decide visitar uno de los refugios que los pobladores les ofrecen a los caminantes. Allí puede entrevistarlos y observar el panorama, que no le resulta indiferente. La emoción forma parte de la escritura del cronista:

Algunos caminantes tienen los pies levantados al aire con la esperanza de que el frío suture rosetones y ampollas en las plantas. Todos están agradecidos con el apoyo de los colombianos. Dicen que prefieren caminar en Colombia, con el estómago lleno, que estar en sus casas en Venezuela, muriendo de hambre. La escena arruga el corazón. Moviliza las lágrimas. Pero también hincha el pecho de orgullo. Ninguno de los caminantes se rinde. Todos mandan bendiciones a la madre de Maduro. (párr. 8)

En muy pocas líneas, Tulio Hernández logra hacer una semblanza de los venezolanos, de la emergencia humanitaria que significa el esfuerzo de estos contingentes que salen de su país con los pies destrozados y sin recursos, pero con el ánimo fortalecido, así como del juicio político que hacen de su situación. No se siente en esta crónica lástima, sino conmoción y orgullo de quien se identifica con ellos. Él es el *Uno* que narra y siente que el *Otro* es también parte de un “nosotros” con el que se identifica. La primera persona se permite dejar fluir su emoción sin dramatizarla. La crónica finaliza con una comparación de estos caminantes con los españoles republicanos que huían de la Guerra Civil española por los Pirineos, pero siendo los venezolanos más ruidosos y menos tristes.

Desconozco si en otros países hay cronistas solidarios con los extranjeros. En Colombia, un grupo de comunicadores sociales han buscado dar a conocer las historias de los venezolanos en una relación de *filia*, como postula Daniel-Henri Pageaux desde la imagología, teorizando sobre las representaciones del extranjero. La *filia* es una relación de iguales. No es la *manía* o la pretensión de sentirse inferior al extranjero, ni *fobia*, o la actitud de desprecio y de sentirse

superior al *Otro*. Periodistas como Ginna Morelo, Camila Esguerra, José Guarnizo, Ronal Rodríguez y otros han trabajado junto con Tulio Hernández y el español Agus Morales sobre las representaciones de la migración. De estas discusiones ha salido una importante publicación, *Pistas para contar la migración. Investigar historias en movimiento*, publicado en 2019 con el auspicio de la Fundación Konrad Adenauer. Entre las pautas, Ginna Morelo cita a Tulio Hernández, quien propone unos principios básicos que pueden resumirse así: No debe haber un ‘nosotros’ y un ‘ellos’; es fundamental desmontar los estereotipos; la toma de partido puede ser una decisión editorial, pero lo que resulta de una posición responsable es asumir una perspectiva desde los derechos humanos y hacer un uso cuidadoso de las imágenes para no exponer a las personas en su mayor vulnerabilidad despojándolas de su condición de individuos, con historias propias. (14) A esto se añaden las recomendaciones de Agus Morales: dominar el lenguaje o cuidar las palabras. No todo migrante es un refugiado, por ejemplo, y se despersonaliza a las personas con palabras como invasión, masas; asumir con responsabilidad el punto de vista desde el cual se narra, hacer seguimientos en el tiempo de las personas cuyas historias se cuentan, superar los estereotipos, pensar a larga distancia: hasta dónde pueden llegar los mensajes, cómo pueden ser leídos por un público no necesariamente preparado. Sobre el público, advierte Morales, es necesario no hacer las preguntas al migrante desde lo que se supone que el público quiere saber, sino más bien escuchar al migrante, focalizar su experiencia, preguntarse qué verdad se está contando.

Ginna Morelo (s.f.) es un ejemplo de cronista responsable, en quien han calado todos estos principios. Deja hablar al *Otro*. Coordinó un extraordinario proyecto, *Venezuela en fuga*, cuya producción audiovisual se encuentra disponible en Youtube. Su equipo acompañó a una migrante venezolana que hizo un viaje de varios días hasta Perú, en un trabajo coordinado entre el diario *El Tiempo*, de Colombia y *Efecto Cocuyo*, de Venezuela. En el viaje, junto a una enfermera que había dejado atrás a sus hijos y esposo, con la esperanza de lograr tener un trabajo que le permitiera sacarlos de Venezuela, Ginna Morelo (2019) compartió las historias de 35 migrantes, con todas sus emociones encontradas: la esperanza, la incertidumbre, el dolor de la separación, el humor. De este viaje sale esta pequeña crónica que incorpora al prólogo de *Pistas para contar la migración*:

El sollozo bajito de un hombre en el autobús en el que nos transportábamos de Popayán a Ipiales (Colombia) me sacudió de un insomnio cansado. Llevaba tres días de andar con 35 migrantes en un autobús desde Venezuela con destino a Tumbes, Perú, a finales de enero y comienzos de febrero del 2018 (El Tiempo 2018). Era la medianoche y el hombre observaba en la oscuridad unas fotografías en su celular.

—Son mis hijos—, me dijo cuando se dio cuenta de que observaba respetuosamente. Y me pasó el aparato para que los viera.

En ellas, los dos chicos le sonreían a un padre vestido con uniforme de la policía. Antes de que él notara mi sorpresa, me confió que era miembro de la Guardia Venezolana y me pidió que no se lo dijera a nadie. Era un migrante sin patria que huía de su país y también de la fuerza pública que representó. Los horrores le dolieron sin descanso y decidió emigrar en busca de un futuro más seguro. (p. 12)

La relación de *filia* lleva a la cronista a compartir el penoso viaje que se alargó más días de lo previsto por bloqueos producto de protestas sociales en Colombia en aquel momento. Ese compartir las mismas esperas, las comidas de carretera, el cansancio y el insomnio propicia la comunicación espontánea, la posibilidad de que el *Otro* pueda contar su historia hasta donde quiera contarla, en un clima de confianza. El hombre confía y se muestra en su vulnerabilidad, pero se presenta como un sujeto que ha tomado una dura decisión y que busca cambiar su vida. Ya no encarna a un instrumento del gobierno para reprimir. Es solo un padre que ha dejado atrás a sus hijos, un migrante, decidido a cambiar su vida.

La escritora Melba Escobar tiene novelas en su haber, pero sintiéndose llamada a hacer algo al ver a tantos venezolanos en situación de calle en Bogotá, se preguntó por qué huían los migrantes a un país como Colombia, que nunca había sido un polo de atracción para los extranjeros: “Hay que estar aterrados para huir hacia acá, me digo” (2020 11). Concibió un proyecto de investigación que constaba de cuatro viajes a Venezuela para conocer un país que resultaba a la vez tan cercano y tan desconocido. De allí surgió el libro de crónicas *Cuando éramos felices y no lo sabíamos* (2020), escrito en plena pandemia, luego de dos viajes a Caracas, uno a Maracaibo y uno a San Cristóbal. Se trata de un acercamiento honesto, desde la *filia*. Entrevista a personas de todas las clases sociales: intelectuales, estudiantes, trabajadores humildes, personas en campos de refugiados, etc. Si bien los viajes buscan indagar en la situación del país, en dos de ellos tiene encuentros con migrantes: en Maicao, cuando visita un campo de refugiados de ACNUR, y en San Cristóbal, donde entrevista

a soldados que desertaron en 2019, cuando Juan Guaidó instó al ejército venezolano a unirse a la causa de la oposición⁴.

En el campo de refugiados, Melba Escobar (2020) se encuentra con el trabajo de los voluntarios sobre el lenguaje y reflexiona: “La palabra importa.” (p. 101) Allí, simplemente busca historias, que escucha con respeto, aunque por momentos resulte desconcertada. Algo que caracteriza a sus crónicas es la abundancia de diálogos fluidos. Reproduce las conversaciones con las distintas personas a las que entrevistó y escucha sin juzgar haciendo su mayor esfuerzo, aunque se sorprenda de cómo ven la realidad algunas personas, como la mujer que le habla de cómo a su hermana le hicieron “un código blanco”, pues evitan la palabra violación. Cuando la escritora pregunta por qué no llamar las cosas por su nombre, recibe una respuesta de molestia. Las historias de los refugiados tienen elementos en común: hambre, violencia, desamparo, vida en la calle luego de dejar atrás sus casas:

Como usted sabe, el gobierno de allá es horrible. Traía cosas para vender en Maicao, pero la guardia me las quitaba. Me quitaban el dinero. Hasta que ya no pude más. Después trabajé en un restaurante, trabajé en una casa de familia, después ya no había más trabajo. Mi hija mayor me dijo: “Mami, aquí nos vamos a morir de hambre”, fue entonces cuando decidí que teníamos que irnos. Llegamos a Maicao. Una amiga me dio posada un par de días, ya después nos acomodamos debajo de un árbol durante ocho meses. (p. 107)

De esta manera, la escritora cede la palabra al *Otro*. Fluyen así las historias en la oralidad de los diálogos, sin interrumpirlas con frases como “contestó”, “dijo”, “explicó”. La oyente no juzga; solo pregunta. También con los militares que conoce en Cúcuta, antes de viajar a San Cristóbal, tiene un extenso diálogo. Ellos están entre los 1.000 militares que desertaron de las Fuerzas Armadas. Un capitán le cuenta que sufría persecuciones cuando estaba activo por haberse negado a reprimir una protesta de pensionados de la tercera edad. Un sargento le cuenta que su salario era de miseria. Ambos se sentían traicionados porque las ayudas ofrecidas por la oposición que apoya a Juan Guaidó nunca llegaron.

⁴ Juan Guaidó, presidente de la Asamblea Nacional, había asumido ese año la presidencia interina de Venezuela con el apoyo de los diputados de oposición, por desconocer el resultado de las elecciones presidenciales de 2018, que dieron por ganador a Nicolás Maduro, según el Consejo Nacional Electoral. De acuerdo con la Constitución venezolana, al no haber un presidente legítimamente electo, debe nombrarse al presidente de la Asamblea Nacional como presidente interino. Sin embargo, nunca pudo asumir el cargo en propiedad.

Estaban en Cúcuta vendiendo agua y caramelos en los semáforos. No les había llegado ninguna ayuda económica prometida, ninguna capacitación para formarse en algún oficio, también prometida. En otros momentos, la escritora se siente interpelada por lo que ve, lo confronta con su propia vida, con lo que ha vivido como colombiana y cómo percibe que han vivido los venezolanos. Se involucra desde el yo, sin perder nunca la apertura a entender y comprender al *Otro*.

El portal *La vida de nos* abrió una serie, “Los confinados. Migración y pandemia: dos palabras que nunca debieron unirse”, en conjunto con la organización colombiana Dejusticia, para contar las historias de cómo la pandemia incidió en la situación de los migrantes venezolanos en Colombia. Entre esos relatos está “El hambre de los que dejó atrás”, bajo la autoría de Marcela Madrid (2020). Esta historia cuenta la historia de Yadira, quien debe dejar atrás a sus cinco hijos, en Barquisimeto. El mayor ya no vive con ellos, pues tiene su propia familia. Los cuatro menores son dos adolescentes de 17 y 15 años, la menor de ellas embarazada, y dos niños de 5 y 7 años.

La historia comienza en la noche previa a la partida de la madre y la despedida al día siguiente:

La noche del 7 de febrero de 2020, los hermanos Carrillo Barradas no podían conciliar el sueño. El calor de Barquisimeto, en el centro-occidente de Venezuela, los tenía dando vueltas en la cama. Se había ido la luz una vez más. Pero, además, un gran giro en sus vidas, de esos que hacen que la mente no descansa, estaba por ocurrir.

A la mañana siguiente, ya no estaría ahí su mamá para hacerles el desayuno, para lavarles la ropa, ni para consentirlos a punta de apodos como *mi espelucáita, mi pelúa, mi perrito*. (párrs. 1 y 2)

Luego de la despedida, el relato sitúa el contexto de los niños dejados atrás, 930.000 hasta el momento del relato, entre los cuales están los hijos de Yadira.

El relato se desarrolla en un contrapunto: las sensaciones y vivencias de la madre, que vive esta migración con culpa, pero sintiendo que la decisión era la correcta, y los esfuerzos de las dos mayores por hacerle menos difícil el trance a la madre, ocultando sus miedos y angustias, y el hecho de que el padre ausente jamás hace presencia, como se había comprometido a hacer. La madre repasa mentalmente sus múltiples esfuerzos por alimentar a sus hijos, hasta

que decidió: “Colombia parecía ser la única salida” (párr. 9). Viaja, entonces, en autobús, para reunirse con sus hermanos en Bogotá. Al llegar, sufre las dificultades de enterarse de que los servicios de salud no están al alcance de quien no tiene documentos, de conseguir un trabajo, hasta que por fin lo hace en un asadero de pollos. Las cosas mejoran y logra alquilar un modesto apartamento donde recibirá a sus hijos. Entonces, llega la pandemia, la pérdida del empleo y el trapo rojo en la ventana, señal de quienes necesitaban ayuda económica y alimentos durante la cuarentena. Sigue la incertidumbre, el deseo de regresar y las noticias de las historias del rechazo a los que retornan en la frontera cerrada. Yadira se queda encerrada en un barrio pobre de Bogotá, apenas dependiendo del trapo rojo.

La narración construye personajes creíbles y conmovedores. Se acompaña, como todas las historias de *La vida de nos*, con fotografías que nos hacen más cercanos a los personajes o más contundentes los símbolos, como el trapo rojo colgado en la ventana. En esta historia se privilegia el mundo interior de los personajes, sus tensiones internas, su necesidad de ayudar a los suyos y de disimular los problemas, cosa que contrasta con las abiertas peticiones de los niños pequeños, que simplemente declaran lo que sienten: “¡Devolvete mamá, te extraño!” (Párr. 13). Dados los privilegios de la tecnología, la historia incorpora incluso el audio de una llamada por Whatsapp en la que conversa Yadira con sus hijos.

5. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Para terminar, vale la pena notar cómo la crónica y la ficción dialogan. *La vida de nos* reproduce el 6 de febrero de 2021 una historia publicada por el medio colombiano *Cerosetenta*, a su vez el 14 de abril de 2020, titulada “Mi vocación es lidiar con los muertos”, de Tania Tapia Jáuregui, sobre la historia de dos colombianos: Edwin López, dueño de una funeraria en Cúcuta y Sonia Bermúdez, de la etnia wayúu y tanatóloga forense, en Riohacha, quienes se han dedicado a enterrar a los muertos venezolanos en la frontera, muchos de ellos no identificados, muchos de ellos víctimas de la violencia de los grupos irregulares que controlan las trochas. Sonia ha construido su propio cementerio en seis hectáreas y también ayuda a los familiares de los fallecidos que quieren trasladarlos a Venezuela. La novela *El tercer país*, de Karina Sainz Borgo (2021), desde España, ficcionaliza a Sonia, pero la pone no en

Riohacha, sino en Mezquite, un lugar ficcional cerca de Cucaña, una ciudad fronteriza también ficcional en un país llamado Sierra Occidental, que recibe oleadas de migrantes que huyen de una peste de otro país llamado la Sierra Oriental. En esta novela, aparece Sonia como Visitación Salazar, de origen afro y recio carácter, que se enfrenta a las mafias que tienen asolada la región con su violencia. Debo también contar como infidencia que Dafne Gil, venezolana que vivió en Colombia varios años, tiene un cuento inédito con el mismo tema. En ambas autoras ha causado fascinación otro *Otro*, el colombiano generoso, encarnado en mujeres admirables. Desde la literatura venezolana se le retribuye su solidaridad.

La crónica ha sido en Colombia, pues, una literatura de emergencia, necesaria, para buscar la empatía del lector, la solidaridad del país de acogida; para luchar contra la xenofobia o, más bien, como dice Tulio Hernández (2019), la aporofobia o fobia al pobre que llega. Sin embargo, esto no obsta para que las crónicas se escriban como relatos literarios, con los recursos que tiene la literatura para que se inscriban en la memoria colectiva y den cuenta de este momento histórico que les ha tocado vivir a los venezolanos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arconada, S. (2020). *No dejaré mis sueños atrás*. <https://questiondigital.com/no-dejare-mis-suenos-atras-de-santiago-arconada-novela-en-pdf/>
- Barajas, M. J. (2011). “La crónica, ¿otro cuento?”. *Conciencia activa*, (28/29), junio 2010-enero 2011, 213-236.
- Brown, K., Lara, L. y Rivas Rojas, R. (2021). *Escribir afuera. Cuentos de intemperies y querencias*. Kálathos ediciones.
- Campos, L. F. “13 de diciembre 2019. Soledad y miedo”. <https://www.leocampos.com/post/soledad-y-miedo>
- Castro, J. C. (2021). *Arqueología sonámbula*. Amazon.
- Cordoliani, S. (Comp.) (2013). *Pasaje de ida*. Editorial Alfa.
- Escobar, M. (2020). *Cuando éramos felices pero no lo sabíamos*. Seix Barral.
- Jaramillo Agudelo, D. (2012). *Antología de crónica latinoamericana actual*. Alfaguara.

- Kariakin, K. y Requena, E. (Comp.) (s.d.) El puente es la palabra. Antología de poetas venezolanos en la diáspora. Caritas, Venezuela. https://www.academia.edu/41732937/El_puente_es_la_palabra
- Hernández, T. (2018, 23 de septiembre). “El yo acuso de los caminantes”. <https://tuliohernandez.com/el-yo-acuso-de-los-caminantes/>.
- _____ (2019, 16 de septiembre) ¿Cómo entender (y aceptar) las migraciones? Fundación Gabo. <https://fundaciongabo.org/es/noticias/articulo/como-entender-y-aceptar-las-migraciones>
- Madrid, M. (2020, 16 de mayo). “El hambre de los que dejó atrás.” Serie Los confinados. Migración y pandemia: dos palabras que nunca debieron unirse. La vida de nos. <https://www.lavidadenos.com/el-hambre-de-los-que-dejo-atras/>
- Mora Ballesteros, L. (2020). *Díptico de la frontera*. Ediciones La Castalia digital.
- Morelo Martínez, G. (2019). “Prólogo: Andar con los otros”. Esguerra, Camila y otros. *Pistas para contar la migración*. Bogotá: Consejo de redacción Konrad Adenauer, Comité internacional Geneve, Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana.
- Morelo Martínez, G. (s.f). “Venezuela a la fuga”. <https://www.eltiempo.com/datos/venezuela-a-la-fuga-historias-y-cifras-de-la-crisis-migratoria-189194>
- Ramos, D. M. (2016, 11 de agosto). “Prostitutas venezolanas, reinas sexuales de Cúcuta”. <https://elestimulo.com/climax/prostitutas-venezolanas-reinas-sexuales-de-cucuta/>
- Rivas, L. M. (s.f) “Irse o quedarse. La migración venezolana en la narrativa del siglo XXI”. Ponencia presentada en las VII Jornadas de Investigación Humanística y Educativa, Universidad Católica del Táchira, San Cristóbal, Venezuela. https://www.academia.edu/3860554/Irse_o_quedarse_La_migraci%C3%B3n_venezolana_en_la_narrativa_del_siglo_XXI
- Rivas, L. M. (2021). *Otra tierra, otro mar. Crónicas de la migración venezolana en Colombia*. Bogotá: Ediciones Frontera Viva.
- Rojas, V. A. (2019). *Algo habla con mi voz*. Universidad Central.
- Sainz Borgo, K. (2021). *El tercer país*. Amazon.
- Tapia Jáuregui, T. (2021, 6 de febrero). “Mi vocación es lidiar con los muertos”. *La vida de nos*. <https://www.lavidadenos.com/mi-vocacion-es-lidiar-con-los-muertos/>. Reproducción de artículo publicado en el diario colombiano *Cerosetenta*. 14 de abril, 2020.
- Torres, H. y Rodríguez, A. (2017, 25 de octubre). Los editores. “¿De qué están hechas nuestras historias?” *La vida de nos*. <https://www.lavidadenos.com/de-que-están-hechas-nuestras-historias>